

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

LAS MARIMONDAS DE MI PUEBLO

En lo alto de un cielo resquebrajado con nubes que reflejaban siluetas incoherentes, una paloma de plumaje immaculado, batió, repentinamente sus alas surcando con un vuelo pintoresco y volitivo, los alrededores de la carcomida casona de la vieja Maria Padilla. Sentados a lo largo y ancho del descuidado sardinel, los héroes de la vagancia, se hallaba un enjambre arremolinado de hombrecillos flojos como huevones, tertuliano caloradamente sobre las vicisitudes y ocurrencias de las cosas típicas en nuestro olvidado pueblo donde cualquier suceso de la vida ordinaria se explica con algo extraordinario y exagerado.

Debatiendo como verdaderos caudillos rebosantes de sabiduría, se hallaban los doctores de la terquedad y la habladuría falaciada, entre ellos "el doctor muelitas", "Perros pegao", "La pintica", "La Choronga", "La babilla", "El guri guri" y toda esa gama de tercos, habladores de paja que frecuentan los alrededores del "Clavito", sin dejar de espiar disimuladamente los movimientos "trampoceros" de los cuatro espadachines sudorosos que en la barahúnda terraza jugaban tranquilamente a dominó. Y en donde un par de pajarracos pícaros y avivatos, como todos sus expertos sinvergüenzas rapiñeros, a punto de señas y aprovechando las vastas "marranadas" de los desplumados

habladorcitos majaderos que tenían de contrincantes, les arrebatan con descaro hasta el último peso que llevaban en sus mugrosos bolsillos.

Cansado de posar los glúteos sobre el rustico sardinel y de reír a carcajadas sueltas sobre las chácaras y las atrevidas como vulgaréscas palabrejas que lanzaba sarcásticamente el zapatero de la cuadra quien sus detractores mamagallistas bautizaron con el remoquete de la "vaca", quien decía graciosamente: ¡"vean partidas de pendejos! Lo que ocurre es que en este pueblo caldeado de gente de pacotilla, se perdió hace tiempo las costumbres de antaño...! eche! Di tu "perros pegáo" si no es verdad"...¡nojoda! los pelaos de ahora se olvidaron por completo de las sanas costumbres ancestrales es raros escuchar un "carajo", una "nojoda", un "eche" los "hijueputas", las divertidas "mamadera de gallo" y "hasta de mamar burras como lo hacían nosotros en los montes de los abuelos"... ahora no sabemos qué vaína es un pelao costeño de pura cepa porque nuestro territorio se ha cachaquetizao y en cualquier esquina hay mas cachacos enruanados que costeños corronchos y habladores de paja"...

Aprovechando el descuido de la "pintica" concentrado en el juego y quien con su tartamudez ametrallada y su aire de sobrador; insultaba a los mirones que se mostraban en desacuerdo con sus constantes "metidas de pata", me subí a bordo de su bicicleta la cual había dejado recostada sobre el palo de almendro y con rápidos pedalazos salí calle abajo enrumbándome hacia la mágica plazoleta conglomerada a esa hora de la tarde por mirones de cartón respirando un aire con aroma carnavalero.

Escudriñando con la vista a los desprevenidos transeúntes, buscando en ellos alguna cosa curiosa que sirviera de argumento de inspiración en mis relatos, me paré a observar calmadamente y sin llamar la atención, todas esas cosas extrañas hasta exóticas que ocurren en los alrededores de ese parque desolado en belleza. No tuve que esperar mucho tiempo para descubrir al manojito de mariposones quienes recostados a la pared de la monumental iglesia parroquial, imitando a esas respetadas comadronas de lengua suelta, vociferaban con placer sus espeluznantes hazañas con hombres casados. Enclavado en un mundo de fantasía uno de los sodomitas, un tipazo de pinta chévere, uñas largas y muy bien cuidadas, narraba con luego de detalle los pormenores ocurridos en esa trágica noche en que perdiera su virginidad.

Animado por los aplausos descarados y las voces de aliento repetidas por sus fascinados camaradas, el hombrecillo gracioso haciendo gala de sus dotes afeminados, lanzó un piropo elegante seguido de un beso coquetón a un sujeto fornido que cruzaba la calle velozmente a bordo de una potente motocicleta. El mastodonte motorizado, detiene la marcha de su vehículo al tiempo que extrae de la pretina de pantalón un revolver "mata ganao", los temerosos maricones, con un susto del carajo, de inmediato emprendieron una veloz carrera mientras el hombretón desternillándose de la risa guardaba tranquilamente su juguete de plástico que había adquirido poco antes en una juguetería.

Más allá de toda esta atrocidad "payasesca", avistaba claramente la montaña de chatarras ambulantes parqueadas en sitios inadecuados, los cuales forman un mormollón intraficable que hicieron blasfemar a granel al despistado enamorado ocupado en observar con ojazos pecadores las firmes nalgotas abultadas de la apetitosa hembrona de falda corta y blusa levantada que caminaba coqueta por la calzada, pegándose un sipotazo de padre y señor mío en plena cantilla con la desajustada defensa de un Willys destartado.

A pocos pasos, su irresponsable conductor rodeado de un puñado de amistades influenciadas por el licor ingerido, sentados sobre el borde desnudo de una banca destruida irónicamente adornaba el desacreditado parque de los "flojos", discutía acaloradamente con un cliente impersonal que le cobraba el pago de una vieja deuda. Atentos a aquel hallazgo aberrante, los vivarachos como maliciosos vendedores ambulantes, con sus ensordecedora rechifla y gritos descarados, azuzaban a los bocones acalorados tratando que el suceso terminara en una riña de perros callejeros.

Aprovechando el descuido de los parlanchines conductores y la tozudez de los hombrecillos enfrascados en una rencilla indecente, el popular "Cristo Ron": el mismo espadachín mamagallista que destierra su guayabo cotidiano con otro petacazo de ron clavado a pico de botella, con una cajita de embolar bajo el brazo, deja de pasearse por el frente de los contenedores y como quien no quiere la cosa descubre de improviso la botella de licor camuflada casi

estratégicamente entre la corta maleza, y sin meditarlo dos veces decide hurtarla, con movimientos felinos y fantasmales, la atrapa entre sus flacuchentos dedillos llevándola rápidamente a la comisura de los labios y sin que nadie se lo impidiera, se atraganta de un solo topetazo todo el líquido que había en la botella, haciendo una horrible mueca con su cara cuando este le calentó el tripaje.

Con los ojos desorbitados y girando más que un trompo (saranducho) arrojó con violencia una bocanada de vomito que fue de caer a la cara de un boquiabierto pelagato que miraba maravillado la aberriante actuación y trastabillando, cae fulminado en plena calle con una borrachera fenomenal.

Del otro lado de la acera se veían las mesas de frito en hileras y repletas de toda clase de alimentos, y en una de ellas ocurría un espectáculo cotidiano entre una robusta negrta dueña del negocio y un mequetrefe flacuchento con el rostro y cuerpo impregnando por la maicena y quien "picándoselas" de borracho, el muy avisgado se negaba en forma descarada de cancelar lo consumido. La morenaza medalla, de brazos de pilón, ojazos chispeantes de la ira y de cuerpo agigantado, deja de discutir con el vivaracho y con una agilidad que envidiaría cualquier primípara boxeadorcillo de pacotilla, conectó un terrible muñetazo a la barbilla del desprevenido papanata quien dando tumbos va a caer dentro del caldero con manteca hirviendo. De la garganta del desafortunado malapaga, brotó un alarido desgarrador que hizo temblar a medio pueblo y cómo impulsado por un cohete salió disparado calle abajo

maldiciendo a gritos su mala fortuna; mientras la robusta morena mostrando a los curiosos que le rodeaban sus ordinarios y desnudos brazotes en forma vulgar, descargaba una carretera de palabrotas obscenas que hicieron enrojecer de la pena a la anciana puritana que pasaba casualmente rumbo a su casa, teniendo que taparse los oídos con la yema de los dedos y comulgar una cadena interminable de rosarios, tratando de amortiguar ante el Creador los pecadillos de la inescrupulosa mujerona.

Y no acababa de orinarme de la risa cuando ocurría otra descalabrada rencilla, una pareja de enamorados se besaban y acariciaban con fervor apasionado. En medio de los susurros y ardientes caricias, apareció como un huracán la grotesca figura de Carlos "el grande": un enano picniano que no concilia con nadie en el vecindario por su carácter agrio y renegado y sus excesivos celos hacia los seres queridos. El atrevido hombrecito, reventado en cólera y sin prestar la menor atención a las voces de protesta de los héroes de la vagancia que apreciaban el bárbaro espectáculo, atrapó despiadadamente a su primogénita por su larga y abundante cabellera, halándola de ella con una crueldad canivalezca mientras el impotente enamorado inexplicablemente se quedaba de pie como una piedra sin saber que hacer ante los gritos de angustia que emitía su prometida.

Y para colmo de males, después que hubo pasado todo aquello, el pobre Romeo era sorprendido por la Julieta que día tras le prometiera casamiento, obligado

ante la criatura que la hembra llevaba en su inflado vientre como producto de esos amores a escondidas; la embarazada mujerzuela gritando a todo pulmón toda clase de atrocidades repletas de ira y rencor, le armó un tropel del putas al don Juan del pueblo quien apenado con la chusma critica, trataba infructuosamente de calmar los ánimos exaltados de la engañada señora con palabras dulces y excusas poco convincentes que encendieron aún mas el mal carácter de la hembra quien hecha un hervidero a punto de explotar, arremetió contra el galán de la mentira a taconazo limpio.

A poco hizo su aparición un piquete de policías a bordo de una patrulla desguarnecida a la que había que empujar a cada instante a causa de los acostumbrados desperfectos mecánicos que sufría continuamente y sin mediar palabra alguna se llevaron a la pareja camorrista detenidos para la "mandoca".

Desanimado por la falta de cultura que defloran algunos parroquianos catalogados como intelectuales de ideas pulcras y de personalidad corrupta e intachable, no tuve más alternativa que plasmar esas escenas ridículas, violenta y hasta carnavalescas que sin duda son el fiel reflejo de estos tiempo violentos que empantanan nuestro olvidado territorio, consumido por el hambre y la miseria. Pero a pesar de toda adversidad, siempre habrá un aprendiz que escriba sobre las marimondas de un pueblo.

FIN